



UN VIAJE POR LAS LETRAS DEL REINO DE CHILE

Miguel Donoso Rodríguez - Instituto de Literatura

Estimado Rector; Presidenta y miembros de la Junta Directiva; Autoridades académicas; Comunidad universitaria; Señoras y señores, muy buenas tardes.

Hay personas que creen que Chile comenzó a existir tras la guerra de Independencia, esa en que se enfrentaron los patriotas con los realistas; en otras palabras, algunos piensan que nuestra historia habría empezado recién después de 1818, y la verdad es que ya los incas cuando conquistaron la zona sur del Tahuantinsuyo se referían a este territorio como *Chire*, *Chile* o *Chili*, vocablos probablemente derivados del nombre indígena con el cual era conocido el frío valle del río Aconcagua. Desde los primeros documentos y cartas de Pedro de Valdivia, fechados en la década de 1540, hay ya referencias a Chile como reino, gobernación o capitanía.

¿Se han preguntado Uds. cuál es el origen de la expresión “Reino de Chile”?

El término “Reino de Chile” aparece por primera vez en la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (1558) de Jerónimo de Vivar, y se reitera luego en muchos otros cronistas, historiadores y geógrafos de los siglos XVI, XVII y XVIII. En los títulos otorgados al conquistador Jerónimo de Alderete por la princesa Juana se llamó a nuestro territorio “**Provincia de Chile**”, y así también aparece en otros documentos oficiales. Tal



como relata el jesuita Diego de Rosales en su *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*, que terminó de escribir en 1674, cuando el rey Austria Felipe II contrajo matrimonio con María Tódor, la hija de Enrique VIII, su padre, el emperador Carlos V, creó el reino de Chile para que Felipe se pudiera casar en igualdad de condiciones con María, quien era ya reina de Inglaterra, y como estas provincias fuesen de propiedad de la Corona de Castilla y no tuviesen nombre, se dice que el emperador dijo: “¡Pues hagamos reino a Chile!”, quedando así con este nombre. Será, pues, a partir de Felipe II que las leyes de Indias y la documentación oficial utilicen la denominación específica de “Reino de Chile” para referirse a nuestro territorio. Por cierto, las actas del cabildo de Santiago solo lo van a hacer a partir de 1581.

Dicho lo anterior, me gustaría invitarlos a realizar un viaje en el tiempo. Muy atrás en la historia de nuestro país; tanto que, si pudiéramos asomarnos al valle del Mapocho, en los límites del cual esta universidad está ubicada, nos sería imposible reconocerlo. Viajaremos hasta los primeros años de la fundación de Chile, la época en que los españoles llegaron a este territorio austral. Pero antes quiero contarles que detrás de este viaje que vamos a realizar juntos hay también un largo recorrido personal como estudiante, académico e investigador, que se inició hace ya muchos años, primero en el colegio, donde uno de los profesores que más me marcó fue el de Filosofía, Jorge Peña, que en su clase me recomendaba libros de literatura. Luego ingresé en esta universidad para estudiar



Derecho, como parte de la primera generación que entró en 1990. Mis estudios continuaron con un doctorado en Filología Hispánica en la Universidad de Navarra, donde comenzó mi formación como filólogo. Cuando regresé del doctorado en España y mientras trabajaba como académico de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, comencé a adentrarme en los vericuetos de los textos virreinales relacionados con nuestro país. Y en este proceso hubo un hito muy importante que no puedo dejar de mencionar: allá por el año 2006 este señor que pueden ver en pantalla, que por entonces era rector de la Universidad, escuchó pacientemente en su oficina cómo yo le planteaba un sueño que me desvelaba desde hacía bastante tiempo: un proyecto de rescate de las letras del reino de Chile, esos textos que produjo nuestro territorio en la época virreinal de la mano de soldados, misioneros, religiosos, monjas, marinos y viajeros que lo habitaron, que pasaron por él o que navegaron en sus mares mucho antes del nacimiento de la república. Unos textos que nos permiten conocer mejor nuestra historia y nuestra idiosincrasia, y, aunque parezca impensable, querernos más como país, que es algo imperativo en los tiempos que corren, en que más de uno preferiría bajar la cortina y escapar. Les cuento que en ese momento el sueño no se pudo concretar, pero ya veremos que esta historia tendrá una segunda parte.

Creo que ahora ha llegado el momento de explicar qué significa la palabra Filología, que mencioné hace unos momentos. Seguro que alguien conocedor de ese famoso escritor



inglés que fue J. R. R. Tolkien recuerda que era filólogo, un gran experto en lenguas antiguas de origen nórdico. Pues bien, la filología es, tal como la define el *Diccionario de la Academia* en su primera acepción, la «ciencia que estudia las culturas tal como se manifiestan en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos», y en otra acepción, que resulta complementaria de la anterior, la «técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos». En resumen, consiste en el amor a la palabra. Y esto es justamente a lo que me dedico: a estudiar y rescatar las palabras contenidas en los textos antiguos, sobre todo aquellos que están relacionados con Chile. Mi trabajo de investigación es transcribir y editar manuscritos antiguos que permanecen olvidados o que han sido mal editados, para desentrañarlos, para que podamos entenderlos mejor, para devolverles el verdadero lustre que tienen. ¿De qué sirve esto?, se podrían preguntar muchos de Uds. La verdad es que para conocer mejor nuestro pasado, algo que es vital para comprender el presente y enfocarnos en el futuro que queremos construir.

Y permítanme volver una vez más al sueño antes mencionado, el del rescate de las letras del reino de Chile, algo que en la práctica había comenzado años antes, cuando trabajé con el manuscrito de Alonso de Góngora Marmolejo, texto del cual ya hablaremos. El sueño comenzó a hacerse realidad cuando en 2011 llegué a trabajar a esta universidad, con el objetivo de estudiar junto con los profesores Paula Baldwin, Susana Bunster y Braulio Fernández la malla de una nueva carrera, Literatura, que sería cobijada por un



también nuevo instituto, el de Literatura, que vería la luz en 2012. El rector Poblete me recibió un día cuando ya me había incorporado a la Universidad y me dijo con gesto algo cazarro: “Miguel, ¿ves que los sueños se cumplen? Antes no se pudo; ahora es el momento”. Con ese espaldarazo inicial, y mientras poco a poco avanzábamos con las primeras generaciones de la Licenciatura en Literatura, un día de 2015 me contactó Arturo Matte, gerente de la Editorial Universitaria (que es la editorial de la Universidad de Chile), para reflotar una antigua y popular colección, la de Escritores Coloniales de Chile, que entre los años 1960 y 1980 publicó una serie de volúmenes que consistían en selecciones y antologías de los textos coloniales chilenos más relevantes, como son las *Cartas de relación* de Pedro de Valdivia y *La Araucana* de Alonso de Ercilla, entre muchos otros. La oferta me pareció muy interesante, pero rápidamente se tradujo en una contrapropuesta: ¿Por qué no pensar en ponerle pantalones largos a esa vieja colección, editando ahora los textos íntegros y anotados, con criterios científicos? O sea, hacer buenas ediciones críticas de los textos, siguiendo la mejor tradición europea. La propuesta fue muy bien recibida por Arturo, aunque con algunos reparos. “¿Quién va a leer estos libros, Miguel?”, me preguntaba con cara de preocupación Arturo. Con fe ciega en el proyecto lo animé a confiar en el trabajo bien hecho y en el interés que este generaría entre los lectores. Y la verdad es que la respuesta la ha dado el mismo público: estos libros se venden porque hay interés de gente muy variada en textos originales bien editados. Así



nació la colección Letras del reino de Chile, como un proyecto coeditado por el Instituto de Literatura de la Universidad de los Andes y la Editorial Universitaria. A la fecha ya llevamos publicados nueve volúmenes, y están en preparación unos veinte más. Algunos títulos se han agotado muy rápido y ha sido necesario reeditarlos más de una vez. Como no les puedo hablar de todos los volúmenes, he decidido seleccionar algunos que creo que pueden servir de ejemplo.

Veamos el primero, que además corresponde al volumen inicial de la colección. Lo que Uds. pueden ver en pantalla es la portada de una obra manuscrita que lleva un extenso título: *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado. Vicios y virtudes que han tenido desde el año de 1536, que lo descubrió el adelantado don Diego de Almagro, hasta el año de 1575, que lo gobierna el doctor Saravia*. ¡Qué notable ejercicio de condensación el que hizo el autor en este título! Se necesita tomar aire para leerlo completo... Algo muy alejado de la realidad actual, en que el marketing es el que manda y un título de esta extensión sería impensable. Pues bien, conservada en los fondos de la Real Academia de la Historia de Madrid, esta crónica es una de las tres del siglo XVI referidas a Chile que se conservan. Su autor es un soldado andaluz, Alonso de Góngora Marmolejo, que nació en Carmona en 1523 y que llegó a Chile en 1549 o 1550, reclutado en Lima por Pedro de Valdivia. Góngora Marmolejo sirvió en la milicia, participando en numerosas batallas y fundaciones de ciudades durante las gobernaciones del propio



Valdivia, Francisco de Villagra, García Hurtado de Mendoza, Pedro de Villagra, Rodrigo de Quiroga y Melchor Bravo de Saravia. Poco después de finalizar el gobierno de este último —nos situamos a mediados de diciembre de 1575—, nuestro soldado le pone punto final a su historia. Y se puede decir que el aliento le alcanzó justo para ponerle la firma a su manuscrito, porque murió en los primeros días de enero de 1576.

¿Qué cosa interesante podemos extraer del relato de este soldado? La crónica de Góngora Marmolejo se destaca especialmente por un rasgo muy notable: los retratos físicos y morales que hace de los distintos gobernadores que protagonizan las páginas del texto, siguiendo un modelo clásico grecolatino muy conocido, el de los varones ilustres o *viris illustribus*, cultivado por autores como Plutarco, Suetonio y Valerio Máximo. Aprovechando este modelo, que conocía muy bien, Góngora Marmolejo, valorado por la historiografía debido a su objetividad, nos deja muy en claro que estos personajes que retrata, como cualquier ser humano y lejos de cualquier idealización, poseen luces y sombras. Veamos para muestra un botón, y nada mejor que aprovechar la figura del propio Pedro de Valdivia, recogida en el capítulo 14 de la crónica, donde se relata su muerte y luego se despliega su semblanza física y moral. Comienzo con los trágicos pormenores de su fin a manos de los indígenas en Tucapel: sabemos que una vez hecho prisionero por estos, lo despojaron de la coraza y de la celada o casco, y luego procedieron a cortarle los antebrazos para comérselos, acto ritual destinado a apropiarse la valentía y destreza de su



enemigo. Finalmente, los indígenas le aplicaron un mazazo en la cabeza que le quitó la vida. Tras esta cruenta descripción de la muerte de Valdivia, Góngora Marmolejo comienza propiamente su caracterización física dentro del retrato del gobernador:

Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Estremadura pequeño llamado Castuera; hombre de buena estatura; de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo; espaldudo, ancho de pechos. Este fue el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto [...] hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas; liberal y hacía mercedes graciosamente. Después que fue señor rescebía gran contento en dar lo que tenía: era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien; afable y humano con todos; mas tenía dos cosas con que escurecía todas estas virtudes: que aborrecía a los hombres nobles y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fue dado.

Como vemos, la caracterización física del conquistador hecha por la pluma de Góngora Marmolejo en este retrato es coincidente con su modelo clásico: se comienza por la altura, rostro, cabeza y contextura. Y sigue a continuación con la caracterización moral del personaje, centrándose primero en sus virtudes: valentía, fortuna, fortaleza ante la adversidad, buen entendimiento, autoridad y ascendiente que tenía sobre los soldados, liberalidad o generosidad, humanidad y afabilidad. Estas últimas virtudes se apoyan



también en el buen trato que según el cronista el conquistador daba a los indígenas. Varias de estas virtudes coinciden con las propias del código caballeresco, el cual se basaba, como bien sabemos, en el cultivo de las virtudes centrales del cristiano: las teologales y cardinales. Góngora Marmolejo termina este retrato moral con los vicios o defectos del personaje: el autor menciona entre ellos su excesivo afán de ser señor y mostrar estatus, el cual ya había sido mencionado antes en la crónica, y que explicaría su inclinación a vestir, comer y beber bien. Aunque estos gustos no necesariamente constituyen vicios o faltas, hay datos en el texto que nos permiten concluir que don Pedro les otorgaba una importancia mayor de la que les daría un hombre moderado. Estos defectos, más bien menores, se ven superados por otros, de tal entidad según el cronista que “oscurecen” todas las virtudes antes enumeradas: su aborrecimiento a los hombres nobles y su falta de templanza con las mujeres, con mención expresa de su amancebamiento con una mujer castellana, que no es otra que Inés de Suárez, gran protagonista en los últimos años de la literatura y del cine. La ilustración de Inés que se muestra en pantalla está tomada del libro *Pedro de Valdivia, fundador de Chile*, que publiqué en Amanuta en 2010, con unas notables ilustraciones de Isabel Hojas.

Hasta aquí la crónica de Góngora Marmolejo. La dejamos ahora para pasar a nuestro siguiente invitado, otro soldado que curiosamente también se llamaba Alonso. Su nombre



es Alonso González de Nájera y hoy sabemos que nació en la ciudad de Cuenca en 1556, gracias a la partida de bautismo que en 2015 tuve la fortuna de descubrir en el Archivo Diocesano de esa preciosa ciudad manchega. Hijo de escribanos y probablemente de origen converso, Nájera fue un militar que combatió de manera destacada en las guerras europeas, con presencia en Flandes, Italia y Francia antes de pasar a Chile en 1601. En efecto, este soldado experimentado fue reclutado por el gobernador Alonso de Ribera, a quien el rey Felipe III encomendó la restauración del poder español en Chile, gravemente amenazado tras la muerte del gobernador Martín García Óñez de Loyola a manos del toqui Anganamón en Curalaba en 1598. A esta muerte sobrevino la sucesiva destrucción de las siete ciudades ubicadas al sur del río Biobío: Angol, La Imperial, Villarrica, Valdivia, Osorno, Santa Cruz de Coya y San Felipe de Arauco. Tras seis años de duro servicio en el ejército, González de Nájera, impedido de montar a caballo debido a las numerosas heridas recibidas durante las largas campañas contra los indígenas, pisó por primera vez la ciudad de Santiago, cuyo cabildo decidirá a principios de 1607 enviarlo a España como procurador, con el objetivo de sensibilizar a la Corona sobre la grave situación de Chile y pedir socorro de hombres y armas. En ese contexto, Nájera escribió un tratado muy famoso: el *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, que publiqué en 2017 como volumen dos de la Colección. El manuscrito, fechado en marzo de 1614 y que se conserva en la Biblioteca Nacional de España, resulta todo un desafío ante la estrategia de guerra



defensiva planteada en la corte desde 1604 por el jesuita Luis de Valdivia e implementada por Felipe III en Chile desde 1610, frente a la cual Nájera propone un endurecimiento de la guerra contra los indígenas rebeldes, procediendo a desmontar una serie de mitos relativos a la superioridad del español sobre el indígena y proponiendo finalmente varios reparos o remedios para ganar la dilatada guerra. Pero ocurre que el texto de González de Nájera es mucho más que un tratado militar o un arbitrio destinado a resolver un problema insoluble como era el de la guerra de Arauco; es también una crónica o relato que recoge historias de españoles cautivos; es un tratado de poliorcética o arquitectura militar que propone cómo deben ser los fuertes que hay que construir en Chile; es asimismo un tratado etnográfico sobre los naturales del país y, finalmente, es también un tratado natural. Y permítanme poner de relieve este último aspecto, el de tratado natural, porque nos cuesta asimilar que un soldado curtido en mil batallas se dedique a estos menesteres. En efecto, en su descripción de la fauna y flora del reino de Chile González de Nájera llega a apuntar, con total seguridad, que la tierra de Chile ha aportado a la gastronomía mundial un nuevo y delicioso fruto, que se sumaba a otros tan relevantes como eran la papa, el maíz, el tomate, el poroto, la piña, la palta y el ají. Veamos ahora la detallada descripción que Nájera hace de este novedoso fruto, más propia de un botánico que de un soldado:



[Existe en Chile] sola una fruta que tienen de consideración original de aquella tierra, por extremo vistosa, sabrosa y olorosa y sana, aunque algo flemosa, a la cual se hace agravio con el diminutivo nombre que le dan, llamándola frutilla (por ser, como es, de tanta excelencia que puede muy bien competir en bondad con la más regalada fruta de España), cuya forma es de hechura de corazón; en grandeza son las más viciosas; y de jardines, como huevos pequeños comunes, y las más desmedradas campestres como nueces de todos tamaños. El color tienen unas blanco y otras rosado, y otras el uno y el otro. De comer son ternísimas, que se disuelven o deshacen en la boca, y a la digestión fáciles. No tiene esta frutilla corteza o cáscara que quitar; su superficie es unos puntos relevados a semejanza de madroños (pero no de su aspereza, porque son ternísimos y suaves). Y finalmente, digo que no tienen hueso ni pepita ni cosa que desechar; y así, se come esta fruta entera, que cada una es un proporcionado bocado. Los indios hacen della vino, y curándola al sol pasas, que son de buen comer. Nace esta fruta de una humilde yerbezuela que se planta para muchos años, a cuyas posesiones llaman los nuestros frutillares.

Y continúa su relato un poco más adelante:

He especificado esta fruta tanto por su excelencia cuanto por ser sola natural de aquella tierra; porque aunque hay una murtilla y otra que se llama maque, menudas frutas, y otras sus semejantes, no son para que se haga memoria dellas.

La frutilla tendrá después un papel protagónico impensado en el texto, cuando el autor describa, con lujo de detalles, cómo los soldados españoles eran cazados como moscas en las emboscadas que les tendían los indios junto a los frutillares silvestres. Conocedores de



la debilidad que tenían los hambrientos hispanos por este sabroso fruto, los naturales se escondían junto a los frutillares y cuando los soldados se bajaban de sus caballos y se sacaban los cascos o celadas para recoger los frutos en ellos, aprovechaban que estaban desprevenidos para atacarlos con lanzas y flechas. Quizá no a pocos les interesará saber que estamos frente a la primera descripción de este fruto silvestre, y que las frutillas que hoy se comen en todo el mundo son un híbrido entre la frutilla chilena y otra variedad norteamericana. Y un dato para los fanáticos del tenis: ¿se imaginan Uds. qué sería del tradicional torneo de tenis de Wimbledon sin las famosas frutillas con crema?

Me gustaría ir acabando con unas últimas reflexiones. Siempre se ha dicho que Chile era un reino pobre en la época virreinal. Estudios recientes han podido demostrar que esto no es del todo exacto. En Chile se desperdiciaba mucha comida durante la época virreinal, sobre todo carne, debido a que éramos un importante proveedor de cueros para el resto de América: se mataban las reses para obtener el cuero y no había quién se comiera la carne... Hoy sabemos también que en el siglo XVIII existía en Chile un importante tráfico y consumo de bienes suntuarios, importados sobre todo de Asia. Y por supuesto, Chile no era para nada pobre en letras. La riqueza literaria del reino de Chile, alimentada en parte importante por el fenómeno de la guerra de Arauco, es bien notable, pero parafraseando el Evangelio, me atrevería a decir que no solo de guerra vive el hombre. Y lo mismo ocurre



con la literatura chilena, que no solo vive de la guerra. Hay algo más allá de las crónicas, de las cartas de relación, de las informaciones de méritos de los soldados y de los poemas épicos sobre la guerra de Arauco. El mundo religioso, a través de historias de Chile, autobiografías y epistolarios de monjas, poemas épicos sacros, romances y tratados eruditos sobre los más variados temas de Teología, Filosofía y Política, amplía enormemente el espectro de lo que conocemos y entendemos como literatura del reino de Chile. Por otra parte, es falso eso que nos han machacado de que no existía educación en Chile antes del periodo republicano. Como es una constante en todas las provincias ultramarinas de la Corona hispánica, los reyes mostraron preocupación desde muy temprano por la educación de todos sus súbditos. Hay que pensar que nuestras primeras universidades comenzaron a funcionar muy temprano, por allá por la década de 1620.

Dentro de este rico panorama literario e histórico se inserta la colección Letras del Reino de Chile, de la cual les he hecho una pequeña muestra. Esta colección nos ha permitido poner de relieve textos tan importantes como los de Alonso de Góngora Marmolejo, Alonso González de Nájera, Juan Ladrillero, Pedro Sarmiento de Gamboa y Diego de Rosales, y también sacar a la luz algunos descubrimientos que son una absoluta novedad. así, por ejemplo, la *Escotida o Vida del doctor sutil Escoto, en verso heroico* (1744), correspondiente al volumen siete de la Colección, es un poema épico sacro escrito por el franciscano Gregorio Farías, que versa sobre el teólogo escocés del siglo XIII John Duns



Scoto y su relación con el dogma de la Inmaculada Concepción. Y hace pocos días vio la luz, como volumen 9 de la colección, el libro *Sermones (1756-1760)*, del obispo de Santiago, Manuel de Alday y Aspée, editado por los profesores Bernarda Urrejola y Joaquín Zuleta, este último académico del Instituto de Literatura de nuestra universidad, el cual aporta una colección de sermones única en las letras virreinales, con antecedentes escasos solo en el virreinato de México. Gracias a este volumen de sermones hoy podemos conocer mejor a la sociedad santiaguina del siglo XVIII, a la cual vemos que le gustaban la fiesta y las diversiones, costumbres condenadas por Alday en varias de sus prédicas. Finalmente, menciono el volumen seis de la colección, que lleva por título *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho (1783)*, de sor Tadea de San Joaquín, una monja carmelita de fines del mismo siglo que como vemos no solo se dedicaba a rezar y trabajar, actividades esenciales de su vocación, sino que también improvisaba y componía versos, y esos versos se imprimían y circulaban por Chile y el Perú.

En resumen, las letras del reino de Chile están ahí, con toda su riqueza y variedad, dispuestas a ser descubiertas, estudiadas y mejor conocidas.

MUCHAS GRACIAS.